

James O'Connor

Trasasé el portón de metal como cada lunes por la mañana y me enfrenté a todas mis pesadillas hechas de ladrillo rojo. Un edificio de tres pisos de altura, con metros de césped cuidadosamente cortado a su alrededor y una entrada que se imponía frente a mí, a solo unos pasos de destruir mis esperanzas. Por mucho que había rezado la noche anterior para que el día se extendiera hasta el infinito, no había ocurrido y, como siempre sucedía, ese lunes 23 de abril fui obligada a entregarme a esos cinco días de penurias y desesperación.

Yo no iba a cualquier escuela: yo asistía al exclusivo internado Highlands. Ya de por sí la sola idea de pasar tanto tiempo encarcelada era difícil para cualquier persona, pero para mí era el doble, triple y hasta seis veces más terrible que para el resto. No solo porque era un internado para alumnos problemáticos con dinero, sino porque a mí no me correspondía estar allí. Si a la directora no se le hubiese ocurrido la genial idea de becar a alumnos destacados con problemas económicos –para así subir el rendimiento de la escuela–, yo no estaría ahí. Por supuesto que mi familia no había pensado en rechazar la oferta cuando llegó la carta de aceptación, a pesar de mi negativa rotunda y reiterada, porque no, me negaba, no pensaba ir a un internado. Lástima que no valoraron mi opinión...

Me desplacé entonces hacia el calabozo por el camino pavimentado, mientras lloriqueaba con cada paso que daba. Mis zapatos gastados sonaban al arrastrarse por la vereda, y es que hasta mis pies sabían lo que me esperaba una vez que cruzase las puertas de roble. A mi alrededor los alumnos bajaban de sus costosos automóviles, con las maletas siendo arrastradas solo un par de metros por sus delicadas manos. En cambio, yo debía llevar un pesado bolso cruzado, ya que la maleta que me habían regalado junto con el uniforme, la había asesinado al utilizarla como asiento y no tenía para comprar otra.

Me tambaleé todo el camino hasta la puerta, siendo seguida por miradas de desprecio provenientes de los arrogantes alumnos de

Highlands. Ignoré su intento de hacerme sentir mal. Que se pudrieran los malditos, a mí no me importaba.

Una vez que traspasé las puertas, me encontré en el enorme hall central, con altos techos y un marcado estilo gótico. Los pisos relucían de limpios de tal manera que, si miraba hacia abajo, me veía reflejada en la baldosa. En una de las esquinas de la estancia había una pequeña cabina con un señor de uniforme que rondaba los cincuenta años.

—Buenos días, don Pedro —saludé al portero.

Me devolvió el gesto con una sonrisa en el rostro arrugado y con sus ojos negros chispeando por el buen humor.

—No son tan buenos para usted parece... —respondió.

Fiel a mi personalidad, quise hacer un escándalo de proporciones y gritar a los cuatro vientos por lo menos el millón de cosas por las cuales los «buenos días» desaparecían de mi vocabulario todos los lunes y no regresaban hasta el sábado. Pero me contuve y solo dejé entrever levemente mi disgusto, muchas gracias.

—Ya estoy deseando que lleguen las siete de la tarde del día viernes.

Soltó una carcajada grave que me recordó al viejo perro de la casa de enfrente donde vivía mi tía.

—Siempre impaciente por salir libre. Debería intentar disfrutar la estadía y no esperar el fin; así solo se le alargarán los días.

Era imposible que pudiese soportar los gestos de desagrado de esos estúpidos, con una sonrisa aún más imbécil en el rostro. No era mi estilo y nunca lo sería.

—Como sea —contesté—. Que tenga un buen día.

Estaba a punto de marcharme cuando alguien agarró mi bolso, pasó la correa cruzada por sobre mi cabeza y jaló de paso mi cabello tipo medusa que se había enredado en la tira.

—¡Eh! —me quejé, girándome con rapidez—. ¿Pero qué...?

Oh, no. ¿Por qué él, por qué ellos, por qué ahora?

Gemí internamente, mientras mis deseos de un «gran día» se deslizaban hasta el tártaro. Había pensado, erróneamente, que no tendría que verlos hasta por lo menos en diez minutos más, pero me había equivocado. Ahí estaban, frente a mí, los dos hombres que me hacían la vida imposible.

Alto, cabello negro desordenado y demasiado guapo, James O'Connor con sus ojos azules y simétricas facciones, era difícil de ignorar, más aún si lo tenía a solo un paso de distancia. Su mejor amigo, igual de alto y con el pelo oscuro más largo de lo permitido, pero con ojos café y con pinta de creerse el ser más irresistible del mundo, era conocido como Derek Blair.

—Devuélveme mi bolso, O'Connor —le ordené al chico, que ya lo colgaba en su hombro.

De seguro saldría corriendo con él y se lo llevaría a su habitación, para así reírse de las cosas que llevaba en él (en su mayoría libros).

—¿No quieres ayuda? —preguntó.

Típico de mí: confundí su comportamiento galante con arrogancia (aunque muchas veces me obligaba a mal interpretarlo). Una vez más su sonrisa ladeada y su mano desordenándose el cabello, me revolvió el estómago, pero claro... era indigestión.

—No quiero nada tuyo —repliqué.

Blair, que se había mantenido callado hasta ese entonces, rió encantado.

—Vaya carácter —comentó—. Yo haría otra cosa con esa lengua tan afilada, si no fueras tan...

Dejó la frase en suspenso alzando las cejas y frunciendo los labios, dejando entrever que era muy poca cosa para él.

—No me importa tu opinión. —Me giré hacia O'Connor—. Deja mi bolso en el suelo, quiero irme.

O'Connor negó con la cabeza.

Observé a don Pedro interrogándome con la mirada desde la cabina. Negué con un suave movimiento, ya podía yo sola con esos dos. Además, prefería que don Pedro se quedara fuera de esas peleas estúpidas que tenía cada día con O'Connor.

—Solo te lo devolveré si...

—No —lo corté.

No necesitaba oír la oración completa para saber de lo que estaba hablando.

—¡Ni siquiera me has dejado terminar! —exclamó indignado.

Crucé los brazos y mostré una expresión aburrida.

—Me ibas a pedir una cita, como todos los lunes en la mañana.

Blair parecía encantado de ver a su mejor amigo humillado.

—Patético, amigo, patético —cantó. Luego, como si recordara de pronto que no tenía nada que hacer ahí, siguió—. Nos vemos en clase.

Y silbando muy campante, se marchó con una mano en el bolsillo del pantalón.

—No te iba a pedir una cita —informó O'Connor con todo el orgullo herido. Parecía un pavo real con las plumas despeinadas.

—Lo que sea, no me interesa. —Estiré la mano para que me devolviera mis pertenencias—. Mi bolso.

Me contempló por un par de segundos, analizando mi postura inquebrantable, antes de quitarse el bolso y casi lanzármelo. Me tambaleé por el peso que mi delgado brazo no podía soportar de un sopetón.

O'Connor agarró su maleta de un asa y los músculos del brazo se le marcaron a través de la camisa. Aunque, claro, me fijé en eso porque... porque O'Connor... simplemente, había sido un acto reflejo de mi cerebro. Por ningún motivo había sido un movimiento ocasionado por el placer u otra cosa ridícula. No, señor.

Lo vi marcharse con la mirada clavada en su culo... sí, ¿y qué? Se lo miraba, ¿y qué? Era una pervertida de la peor calaña, ¿y qué? No era mi culpa, en serio. No es que yo no mirase su trasero, era su trasero el que me buscaba a mí. Juramento de ardilla exploradora.

Con un último vistazo en modo pervertido, agarré el bolso y me lo crucé. Empecé camino a duras penas hacia el edificio donde se encontraban las habitaciones, maldiciéndome por no haber aceptado la ayuda de Jam... quiero decir, de O'Connor. Aunque lo mejor era no deberle favores a ese hombre.

Entré en un enorme patio con césped y regaderas automáticas. Caminé por el corredor semiabierto construido de piedra que me hacía recordar algunos pasillos de Hogwarts, lo que me traía a la mente la idea de que era Hermione desplazándose por la escuela de magia y hechicería. Por ambos costados del corredor se extendía el color verde del pasto. A la izquierda se observaba la continuación de la fachada principal de tres pisos, que juntos formaban una L, donde se encontraban las salas de clase. A mi costado derecho, el césped se expandía por varios metros, hasta que a lo lejos se divisaban dos edificios más. Eran el estadio y el gimnasio de la escuela, este último equipado con una piscina, que pronto sería reabierto, y canchas para practicar diversos deportes.

Por otro lado, frente a mí y hacia donde me dirigía en ese momento, estaba el edificio de cuatro pisos con las habitaciones. Todo el costado derecho pertenecía a las chicas y el otro era para los varones. Finalmente, rodeando toda la escuela, y para que no nos escapáramos, había un murallón de tres o cuatro metros de altura que nos alejaba de la libertad.

Jadeando por el esfuerzo (estado físico: nivel vaca), llegué a la entrada y abrí la puerta con un precario equilibrio, el cual perdí terminando de cara en el suelo. Esperanzada de que nadie me hubiese visto, levanté el rostro lentamente.

Alguien pasó por encima de mí.

Era... sí, era O'Connor.

—Vas tarde —me informó.

No se detuvo para hablar ni para ofrecerme ayuda, ahora que estaba dispuesta a aceptarla. Abrió la puerta del edificio y salió, cerrándola detrás de él. La señora Smith, que supuestamente era la encargada de cuidar el edificio para que los chicos no subieran a las habitaciones de las chicas, brillaba por su ausencia como siempre.

Me puse de pie a duras penas, dejando el bolso tirado en el suelo. Saqué el celular del bolsillo del uniforme femenino, que era una especie de vestido gris abotonado al frente, y busqué el mensaje que me había enviado mi mejor amiga hacía solo unos minutos.

«Enviado por: Bella.

Habitación 402».

Bloquéé las teclas y volví a guardar el aparato en el bolsillo.

En Highlands había la costumbre (igual a orden) de cambiar compañeros de cuarto cada dos semanas, así la directora nos impedía forjar lazos duraderos que pudiesen llegar a convertirse en una pandilla revolucionaria. Pero el hecho de que el padre de Bella donase constantemente dinero al internado, le daba a mi mejor amiga un estatus especial, lo que le permitía un par de privilegios como el de elegirme como compañera de cuarto cuando quisiera.

Como los ascensores del edificio aún se encontraban malos (uno se había echado a perder para el terremoto de principio de año y el otro hacía más de un año), no me quedó más alternativa que arrastrar

el bolso y subir las escaleras que llevaban a los cuartos de las chicas, con la bolsa golpeando cada uno de los escalones.

Llegué jadeando, despeinada y maldiciendo por la negligencia de no reparar los ascensores cuando todos tenían tanto dinero. Abrí la puerta del 402, ubicado en el cuarto piso, con la mente nublada y las manos tiritonas.

Si bien podría sonar extraño que en un internado con niños ricachones se tuvieran que compartir las habitaciones entre cuatro personas, esto tenía una razón lógica... o eso creía yo. De partida, no eran habitaciones normales; no eran grandes, sino gigantes, unos monstruos convertidos en cuartos, mi casa entera cabía ahí dentro, en serio. Segundo, cada habitación constaba de un baño y dentro de él había cuatro cubículos con inodoros, un espejo de pared a pared y una estancia adyacente con cuatro duchas. Lo único de barrio bajo eran las duchas que tenían cortinas en vez de mamparas de vidrio. Según decía el rumor, hace años una chica se había tropezado en la ducha y se había dado contra la mampara que se había quebrado. Al caer sobre un trozo de vidrio había muerto y por ello habían cambiado todas las mamparas por cortinas. Decían las malas lenguas que aquello había ocurrido en el cuarto 402... broma. De todas formas, agradecía el cambio; con mi mala suerte me habría convertido en la segunda víctima de las mamparas asesinas (si es que la primera era cierta).

Bueno, a lo que iba: mi hipótesis era que las habitaciones se compartían, porque así se les hacía más difícil a los adolescentes con hormonas revoloteadas encontrar su cuarto libre. Es decir, si lo compartías con una sola persona, bastaba con pedirle que se fuera a ver si estaba lloviendo en la esquina, para tener la habitación libre para un revolcón. ¿Pero poner de acuerdo a tres personas, todas ellas «desconocidas»? Era misión bien imposible, sobre todo cuando el registro de asistencia era online, esto quiere decir que si el sistema lanzaba a dos personas con inasistencia en una clase, sin importar su nivel o sexo, comenzaba una cacería comandada por la directora en busca de los pecadores. Había visto por lo menos un millar de veces a la señorita Corell buscando a O'Connor y Blair por el internado; les encantaba faltar a una clase y esconderse solo para hacer su vida más emocionante. Claro, el problema venía luego, cuando los castigaban en la biblioteca y me tocaba la desgracia de tener que soportarlos en mi santuario.

Por las noches era otro tema, nos custodiaban con cámaras de seguridad y guardias; una lástima que la directora no supiera que estos últimos solo se dedicaban a jugar a las cartas y ver televisión en su habitación acondicionada.

Lancé el bolso en la única cama de las cuatro que quedaba disponible y volví a cerrar la puerta. Ya sabría en otro momento con quién me había tocado compartir estancia además de Bella. Saqué del bolso grande uno más pequeño, en el que llevaba los cuadernos del día lunes ya preparados, y salí corriendo a la primera clase, sabiendo que ese día sería un completo dolor de cabeza.

No me equivoqué.

Media hora más tarde, sentada en medio del aula de clases, me dedicaba a fulminar cada cierto intervalo de tiempo el cabello negro de O'Connor. Por su culpa no lograba comprender nada de lo que el profesor Núñez se esmeraba en explicarnos una y otra vez.

Furiosa, aparté la vista de O'Connor y la clavé en el cuaderno de hojas amarillentas que tenía sobre el escritorio. Cerré los ojos y me obligué a prestarle atención a las palabras del profesor. Lo oí hablar sobre la historia de alguna parte del mundo que no lograba tener sentido en mi cerebro. Abrí los ojos y estos de inmediato se desviaron dos puestos a la derecha, específicamente hacia un joven atractivo que tenía la espalda pegada contra la pared y que observaba el cielo raso con aburrimiento. Un lápiz giraba velozmente entre sus dedos como una especie de hélice.

Frustrada, dejé caer con fuerza la cabeza contra el escritorio y ahí yací derrumbada por largos segundos. Mientras tanto el profesor Núñez, como siempre, se desviaba del tema y comenzaba a contar una anécdota de su vida que había ocurrido hace muchos años, la cual cambiaba cada vez que volvía a relatar la historia.

Me adormecí por unos instantes y desperté al sentir un extraño cosquilleo en la nuca. Al abrir los ojos me encontré con el iris azul que había estado evitando durante minutos. Me sobresalté al descubrirlo observándome tan intensamente, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y con la cabeza levemente inclinada hacia la derecha.

Alguien me llamó a lo lejos.

Hice caso omiso.

Volvieron a pronunciar mi nombre.

Volví a no prestar atención.

¿Por qué era tan, tan, tan condenadamente atractivo?

La boca de O'Connor formó una sonrisa y, con un pequeño movimiento de cabeza, me indicó que mirara a mi lado.

Ignoré ese aviso, hasta que sentí una mano en el hombro.

—¡Señorita Howard! —exclamó el profesor Núñez. Alejé la vista de Jam... O'Connor y giré el rostro. El anciano profesor estaba inclinado hacia mí con los lentes colgando en la punta de su nariz. El sombrero, con ese estilo de los años cuarenta-cincuenta, le ensombrecía el rostro enojado—. ¿Ha vuelto a la Tierra o aún se encuentra en la Luna?

Enrojecí de golpe. Todos empezaron a reír escandalosamente. Pude distinguir las risas de O'Connor, Blair y... de Bella. Sí, cómo no. Qué gran amiga tenía, siempre dándome apoyo moral. No tuve el valor suficiente para desviar mi concentración unos segundos y aniquilarla con la mirada para que se callara.

—Lo siento, profesor —me disculpé.

Realmente lo sentía. Pocas veces me habían reprendido por no prestar atención en clases, y las veces que lo habían hecho... sí, había sido culpa del estúpido de O'Connor.

El profesor Núñez, con los labios apretados por el enojo, se giró y siguió con la clase, no sin antes lanzarme un par de palabras indirectas muy directas.

Maldito O'Connor. Siempre era su culpa. Tal vez si no fuera tan malditamente sexy no me ocurrirían esas cosas, pero lo era, así que no me quedaba otra que aceptarlo, aunque jamás se lo admitiría a algún ser humano, era un secreto que guardaba sagradamente.

Nadie podía saber que me sentía seducida por un mono. Qué pensaría la gente, que tenía zoofilia o algo así.

Suspiré. Y ahí estaban actuando de nuevo los traicioneros ojos que se desviaban para contemplar por última vez (¡juro que sería la última!) el rostro de O'Connor. Lo pillé con la vista fija en mí y con esa sonrisa que me hacía querer estrangularlo, argh.

—Te descubrí —murmuró y a continuación se giró.

Mientras yo seguía embobada con él, una bola de papel chocó contra mi cabeza. Distraída, me agaché para recogerla. Eran dos hojas arrugadas, desplegué una y leí:

«Límpiate la baba, Howard. Estás a punto de inundar la habitación y no soy Noé (¿O era José? No, parece que era Moisés... Bueno, omite eso, a nadie le importa quién fue) para tener un arca y salvarme de morir ahogado.

*Se despide, siempre tuyo,
Derek Blair.*

PD. Adjunto un retrato tuyo».

Miré la siguiente hoja.



Volví a suspirar derrotada.
No decía yo que el día había comenzado mal...

Filematofobia

Mis labios latían por la necesidad de ser besados, cada parte de mi cuerpo gritaba y suplicaba por la desesperación de tener los labios de James lo más cerca posible. Lo necesitaba. Lo quería. Deseaba todo su cuerpo pegado al mío para enredar mis dedos en su revuelto cabello y atraerle para besarlo.

Desesperada, agarré la camisa de James y, importándome poco la sonrisa socarrona que tenía plantada en el rostro, lo atraje hacia mí. Nuestras respiraciones se entremezclaron y nuestros labios se rozaron con sutileza.

Luego, toda la inocencia del beso fue desplazada.

Los dos nos besábamos con fuerza; mis gemidos inundaban ese sector oculto entre las gradas del gimnasio, como una bonita melodía de fondo. Las manos de James me recorrían la espalda, deslizando sus palmas por la piel que dejaba expuesta al subir mi blusa. Gemí y me pegué aún más a su cuerpo. Me sentía afiebrada, con un calor que me inundaba el cuerpo por completo. Mi cabeza daba vueltas y me faltaba el aire. No tenía suficiente de él; lo necesitaba más cerca, necesitaba más, más, más. Más besos, más piel y nada de ropa. Deslicé las manos por su espalda hasta llegar a los hombros y los apreté con fuerza debido a la frustración que sentía por no tener lo que mi cuerpo y mente exigían.

Mi piel febril fue apoyada en un gélido fierro. Siseé por el cambio de temperatura, los vellos de la nuca se me erizaron y profundicé el beso, enterrándole las uñas en la piel.

—Necesito más, James —supliqué en un susurro, separándome lo suficiente para decir aquello.

Sentía los labios latir locamente y sabía que estaban rojos e irritados por...

—¿Qué dijiste?

Extrañada, sacudí la cabeza con fuerza y toda la escena que se había estado desarrollando escondida debajo de las gradas, desapareció de

golpe. Pestañeé rápidamente y enfoqué la vista en el joven que frente a mí había hablado y me miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz y todavía sintiéndome sofocada.

Miré a mi alrededor. Genial, me había quedado dormida en la biblioteca. Lo que había comenzado con un «Voy a repasar un poco antes del examen», se había transformado en un sueño erótico. Vaya mierda. Vaya maldita mierda.

—Has dicho «Necesito más, James» —contestó O'Connor, el mismo muchacho con el que había estado fantaseando segundos atrás.

Mis mejillas se sonrojaron de golpe. Eran como un faro que decía: «Esta imbécil es una perversa».

Tosí incómodamente y alcé el mentón de manera desafiante.

—Yo no he dicho eso —respondí.

Una sonrisa burlesca se dibujó en el rostro de O'Connor.

—¿Estabas fantaseando conmigo?!

—¡Por supuesto que no! —chillé. La bibliotecaria me lanzó una mirada furiosa sobre el libro que estaba leyendo. Volví a toser, me acomodé en el asiento y contesté más tranquila: —Jamás soñaría contigo.

Sin más palabras, agarré los libros que había desparramado sobre la mesa, los guardé en mi raída mochila y me marché. Cada paso que di, fue replicado unos metros más atrás.

Suspiré y me giré. Como lo había pensado: O'Connor me venía siguiendo.

—¿Qué quieres?

El chico miró hacia los dos extremos del pasillo, comprobando que nos encontrábamos solos. No pude evitar que el sudor frío comenzara a acumularse en mi espalda, deslizándose a lo largo de la columna vertebral. Tragué saliva nerviosamente y también me giré hacia ambos extremos, buscando un lugar para huir, mientras O'Connor se acercaba a paso rápido.

—Estabas soñando conmigo, ¿cierto?

Intenté soltar una carcajada irónica, pero solo salió un gorgoteo de gallina histérica.

—No sé de lo que hablas —croé.

—Vamos, sabes muy bien de lo que hablamos. —Lo miré alarmada a solo un metro de separación. Lo sabía: me iba a besar. *Me iba*

a besar, me iba a besar. El terror pesó en mi estómago y la respiración se me hizo más agitada y superficial—. Leah, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

Solo fui capaz de observarlo con pavor.

Di un paso hacia atrás.

—No te acerques —susurré, recuperando la voz en el momento preciso.

Él insistió. Dio un paso más y fui capaz de verle las largas pestañas que adornaban esos ojos azulados y sentir su aliento rozando mi rostro. Estaba demasiado cerca, como nunca antes.

Mi boca se secó, mis labios se marchitaron y la sensación de mareo me dominó. Retorcí las manos hasta casi desencajarme los dedos. El terror, uno como no había sentido antes, me inundó.

Estaba a solo unos segundos de enfrentar mi mayor temor, ese miedo que me paralizaba y enfriaba mi cuerpo.

—Leah —musitó débilmente a un suspiro de mí.

Y luego mis manos estuvieron en su pecho, reaccionando rápida e instintivamente. Lo empujé y hui corriendo del lugar.

* * *

No asistí a ninguna de mis clases durante el resto del día, tampoco fui a rendir la prueba de biología que me tocaba en el tercer bloque. Por suerte nadie más faltó ese día o si no habría comenzado la cacería en mi búsqueda; de todas formas, antes de la hora de almuerzo, fui a la enfermería para excusarme de clases por un dolor crítico de estómago.

Falté porque no quería volver a encontrarme con O'Connor, no quería ver a nadie. Por el momento, lo único que deseaba era enterrarme en la miseria durante el resto del día y así se lo di a entender a Bella, cuando, cada vez que entró al cuarto entre los cambios de bloque para verme, me encontró dormida. Al llegar la noche, tuve que explicarle que me había sentido mal, aunque estaba segura de que no me había creído.

En pocas palabras, mi día transcurrió entre lágrimas ocultas en el baño de la habitación y odio hacia mí misma por ser tan imbécil, por ese miedo estúpido que detestaba con todo el corazón y que solo hacía que aborreciera más a ese hombre que me hacía maldecir mi fobia. Si

O'Connor no existiera, podría convivir con mi problema. Sin embargo, existía, y eso era lo que me aquejaba.

Filematofobia: miedo a ser besada.

Sí, estúpido, ridículo y, si no me hubiese ocurrido a mí, jamás hubiese imaginado que existía una fobia así de tonta. Pero la padecía y debía soportarla cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo.

Desde hace años que vivía con ese miedo; no podía besar a alguien sin que ese terror ilógico, enfermizo e irracional acudiese a mí. Hubo un tiempo en que la valentía se instaló dentro de mí y que mi mente se rebeló ante esa fobia tan ridícula. Con quince años, y harta de estar corriendo cada vez que un hombre se me acercaba, besé a un vecino. Bastó con que nuestros labios se tocaran para que el miedo me contrajese el estómago y terminase corriendo despavorida, como si cientos de fantasmas me persiguiesen. Y era así, porque el miedo más grande que tenía corría detrás de mí, como un enorme vampiro (no sexy) queriendo chuparme la sangre.

Lo peor de ese terror ilógico era que, por culpa de mi fobia, la gente tendía a pensar barbaridades de mí por mi comportamiento arisco. Asimismo, no podía portarme de otra manera, no cuando sabía que si le sonreía a un hombre, este podría intentar salir conmigo para terminar la cita con un beso.

Debido a esto, mi carácter era más que conocido en la escuela. Es más, si le pudiese preguntar a las personas cómo me describirían, dirían algo como esto:

«Leah odia a los hombres».

«Leah es difícil».

«Leah es el premio inalcanzable del internado».

«Leah es lesbiana».

«Leah nunca se enamorará de alguien».

Leah aquello, Leah esto otro.

Todo lo anteriormente mencionado era mentira. Quizás era un poco difícil, pero no odiaba a los hombres, solo que no quería que se acercaran a mí, porque si lo hacían, intentarían besarme y, Dios, eso no podía ocurrir. Sin embargo, nada de eso me dolía tanto como la última sentencia: «Leah nunca se enamorará de alguien».

Era mentira: yo estaba enamorada, aunque no podía admitirlo porque él intentaría salir conmigo y trataría de besarme y yo no podría

y... y... todo se arruinaría. Por esa razón, le hacía creer a todos que lo odiaba, que lo detestaba, que jamás podría salir con él.

Era patética. No, era más que patética. Llegaba a ser despreciable por los niveles de patetismo que alcanzaba.

Me odiaba a mí misma (algunas veces yo podía ser eh... como un poco demasiado exagerada). Después de cuatro años todavía no me cabía en la cabeza que yo (¡yo!) le tuviera terror a algo tan inofensivo como un beso. Tal vez nunca me hubiese molestado mi fobia si O'Connor no fuera tan apuesto, tan sexy, tan *besable*. No me molestaría temer a un beso si él no existiera en mi mundo, pero existía y eso hacía que odiara mi miedo y, por ende, a mí misma.

El culpable de todo era mi mejor amigo de la infancia. Se llamaba Alex y había desaparecido tan repentinamente de mi vida, que no sabía si extrañarlo u odiarlo por todo. Lo último que había sabido de él era que su tío se los había llevado a su mamá y a él (su padre había muerto cuando era un bebé) a otro país.

Mi fobia había comenzado con una simple confesión.

«Nunca he dado un beso», había soltado.

En ese tiempo yo tenía doce y él, catorce años. Le había dicho algo así a Alex, porque había visto a un compañero de clase besándose con lengua con una muchacha. La escena me había dado curiosidad. Hasta esa edad nunca había visto un beso así y mucho menos dado por un chico de mi edad, y como yo era pervertida de pequeña...

Le había insistido a Alex para que me besara con lengua y, de esa manera, juntos explorar ese universo desconocido. Tenía que reconocer que ya le había pedido esto a Alex en otras oportunidades —en las que se había negado—, aunque yo, con lo cabezota y testaruda que era (y que seguía siendo), no me había dado por vencida.

Ocupé la técnica que siempre me había dado resultado con él: me enojé y no le hablé durante tres horas. Ahora que recordaba aquello, preferiría que Alex nunca me hubiese rogado que lo disculpara.

Y bueno, el beso, por decirlo de una forma sencilla, había sido H-O-R-R-I-B-L-E. Algo casi salido de una película de terror, porque, durante los treinta segundos que había durado el juego de lenguas, no había podido respirar, y es que la lengua invasora de Alex se había metido tanto por mi garganta, que estaba segura de que había llegado hasta mis amígdalas. Finalmente, cuando había logrado posicionar mis

manos sobre su pecho para apartarlo, tenía todo el contorno de mi boca con saliva y la extraña sensación de haber sido violada bucalmente.

Debido a esa experiencia traumática mi curiosidad por los besos se esfumó y llegué a un punto en que me irritaba el solo hecho de escuchar a mis amigas hablando de lo maravilloso que era besar a los chicos.

«¡Jug, besos», pensaba, «¿Cómo les puede gustar algo tan horrible?».

Pero el tiempo fue transcurriendo y comencé a darme cuenta de que era la única persona —en todo el mundo— que odiaba la idea de ser besada.

«¿Qué está mal en mí?», empecé a preguntarme. «¿Por qué detesto algo que todos aman y hacen con tanta libertad y naturalidad?».

Y lo inevitable ocurrió: me metí en la cabeza que mis recuerdos eran peores de lo que realmente habían sido los hechos. Como no tenía confianza con nadie más que con Alex y como —supuestamente— durante ese año mi amigo no se había orientado a la búsqueda de ser un maestro en la materia, le volví a pedir que nos besáramos.

El pobre Alex cumplió con mis deseos nuevamente y no había que agregar nada más para que quedase claro que no me había gustado nada de nada.

Desde ese día, de frentón odiaba los besos y todo lo que tuviera que ver con ellos. Y como O'Connor estaba directamente relacionado con eso, no me quedaba otra que detestarlo por hacerme recordar mi desgracia.

—Estúpido O'Connor —musité sin poder evitarlo.

—¿Con quién hablas?

Por segunda vez consecutiva en el día, fui sorprendida hablado en estado semiconsciente. Con el corazón en un puño, abrí los ojos con rapidez y me senté en el colchón.

Bella estaba al lado de mi cama con su pijama puesto, mirándome con curiosidad. El cabello castaño le caía por un costado del rostro, resaltando sus sencillas, pero lindas facciones.

—Estaba dormitando, Bella —contesté.

El nombre de Bella no se pronunciaba como se escribía, se decía *Bela*, acentuado a lo italiano.

En nuestra escuela había muchos nombres y apellidos extranjeros, producto del mestizaje. En las clases más altas, abundaban los nombres

en inglés o los europeos, mientras que en la clase media, las preferencias eran los nombres latinos o una combinación de nombres ingleses o españoles. Es por eso que en mi familia, por ejemplo, mi mamá se llamaba Margarita, mi papá Arturo, mi hermano mayor Cristóbal, el del medio Josh y yo, Leah; una horrible combinación de nombres. Con respecto a mi apellido inglés, lo tenía porque, a pesar de ser de clase media, un tátara-tátara (y tal vez más tátara) abuelo había sido un ciudadano británico. Uno pobre, que se había ido de Inglaterra para buscar mejores oportunidades que no encontró, pero inglés al fin y al cabo.

Bella entonces hizo una mueca con los labios.

—Eso de hablar en tu estado semiconsciente te traerá muchos problemas —comentó, alejándose de mi cama y sentándose en la suya.

Le había dado en el clavo con el comentario sin siquiera saber lo que me había ocurrido esa mañana, o tal vez sí lo sabía pero yo era demasiado cobarde para preguntárselo. Además, existía la posibilidad de que no lo supiera y, preguntárselo, le terminaría contando. Así que decidí no decir nada; algunas veces era mejor guardar esos instantes de vergüenza para una mismo.

—Créeme que lo sé —dije. Me puse de pie y bostecé sonoramente—. ¿Qué hora es? —pregunté, al ver que las otras dos camas estaban ocupadas por sus dueñas que dormían plácidamente—. A propósito, ¿con quién nos tocó compartir habitación?

Bella se mostró ligeramente exasperada.

—Llevas tanto tiempo durmiendo que no te has fijado en nada —suspiró—. Son las doce de la noche y esas cosas —apuntó a las dos chicas—, son lo peor que nos podría pasar: Natalie y Michelle.

Gemí internamente. No podía habernos tocado peores compañeras de cuarto. Además de ser insoportables, eran... bueno, eran un par de ratas de alcantarilla.

—¿Y no puedes intentar cambiarlas?

Se tiró a la cama con frustración.

—Mientras hibernabas como un oso, fui a hablar con la vieja Corell, pero la muy bruja me dijo que no.

No había más alternativa que hacerle frente a ese hecho. Realmente no sabía cómo podría enfrentar psicológicamente dos semanas con esas arpías.

—Por cierto, Leah —siguió volteando el rostro para observarme desde su posición—, ¿qué te pasó hoy? Y no me vengas con eso de que te sentías mal. No te pregunté antes por respeto.

Bella era capaz de oler una mentira apenas uno comenzaba a hablar; era como un ave rapiña de las mentiras. Como no quería decir una mentira ni la verdad, la evité.

—No quiero hablar de ello ahora, tal vez otro día...

Antes de que terminara de hablar, un cojín se estrelló contra mi rostro.

—Por perra —aclaró Bella.

Se dio vuelta en la cama, me dio la espalda y se tapó.

Con eso dejó zanjada la conversación.

Mientras veía el cuerpo de Bella relajarse hasta dormirse, yo seguí despierta. Había dormido tanto durante el día que sabía que si esa noche lograba conciliar el sueño, sería ya muy entrada la noche.

No había otra cosa que hacer que contar ovejas, ovejas que, en un momento, se convirtieron en muchos O'Connor saltando una cerca y luego esa cerca se transformó en besos.

Un beso para Leah, dos besos para Leah, tres besos para... quinientos ochenta y ocho besos para Leah...

Muchos besos para Leah después, me quedé por fin dormida.